

creen que salen de la infancia, si no sacuden toda especie de yugo (26); entonces se indemnizan de la prolongada sujeción en que los retuvieron, como un cautivo, libre de sus grillos, extiende, agita y dobla sus miembros.

Por el contrario, Emilio se honra con hacerse hombre y sujetarse al yugo de la razón naciente; ya formado su cuerpo no necesita los mismos movimientos y empieza a parar por sí propio, mientras que medio desenvuelto su espíritu procura recíprocamente tomar su vuelo. De suerte, que la edad de razón para los unos es la edad de la licencia, y para otros, la del raciocinio.

¿Queréis saber si están ellos o él más cerca de la Naturaleza? Contemplad las diferencias en los que menos se han desviado de ella; observad la juventud de las aldeas y ved si es tan petulante como la vuestra. «Durante la infancia de los salvajes, dice el señor Lebeau, siempre están en movimiento, y se ocupan en varios juegos que les agitan el cuerpo; mas apenas han rayado en la edad de la adolescencia, se tornan tranquilos, pensativos, y no se aplican más que a juegos serios o de suerte» (27). Habiéndose educado Emilio con toda la libertad de los patanes y salvajes, mozos, debe mudar y quedarse parado como ellos cuando llegue a grande: toda la diferencia consiste en que en vez de obrar únicamente por jugar o alimentarse,

(26) Nadie mira con tanto desprecio a la infancia como los que salen de ella; así como en los países donde es poca la desigualdad, y donde cada uno teme que le confundan con sus inferiores, con mayor afectación se llevan las distinciones.

(27) *Aventuras de C. Lebeau*, abogado del parlamento, tomo II, pág. 70.

en sus ocupaciones y en sus juegos ha aprendido a pensar. Cuando por esta vía ha llegado a tal término, se halla ya dispuesto para aquélla en que le introduzco: los objetos de reflexión que le presento ceban su curiosidad, porque son hermosos en sí, nuevos para él, y está en disposición de comprenderlos. Vuestros mozos al contrario, ahitos, aburridos con vuestras insípidas lecciones, con vuestras largas prácticas, con vuestros perdurables catecismos, ¿cómo no se han de negar a la aplicación que tan triste les han hecho, a los pesados preceptos con que no han cesado de abrumarlos, a las meditaciones sobre el autor de su sér, que les han presentado como enemigo de sus gustos? A todo esto lo han tomado aversión, tedio y repugnancia; la violencia ha engendrado en ellos la antipatía: ¿cómo queréis que en ello se ocupen, así que pueden disponer de sí? Se necesitan novedades para agradarles, y no les gusta nada de cuanto se dice a los niños. Lo mismo sucede con mi alumno; cuando es hombre, le hablo como a hombre, y sólo le digo cosas nuevas; precisamente porque aburren a los otros, deben ser de su gusto.

De esta suerte le hago ganar tiempo de dos modos, retardando, en beneficio de la razón, los progresos de la Naturaleza. Pero ¿he retardado efectivamente estos progresos? No; tan sólo he impedido que los acelere la imaginación: he contrapesado con lecciones de otra especie las precoces lecciones que recibe el mozo de otra parte. Mientras le arrastra el torrente de nuestras instituciones, atraerle en sentido contrario por otras diferentes no es sacarle de su puesto, es mantenerle en él.

En fin, llega el verdadero instante de la Naturaleza; es necesario que llegue. Una vez que es preciso que el hombre muera, también lo es que se reproduzca para

que dure la especie y se conserve el orden del mundo. Cuando, por los signos de que he hablado, anteveáis el instante crítico, al punto abandonad para siempre con él vuestro antiguo estilo. Todavía es vuestro discípulo, mas ya no es vuestro alumno, que es vuestro amigo; es un hombre, tratadle como tal.

¿Qué, he de abdicar mi autoridad cuando más necesaria la creo? ¿He de abandonar el adulto a sí propio en el instante que menos se sabe conducir y que son mayores sus extravíos? ¿He de renunciar de mis derechos cuando más le importa que use de ellos? ¡Vuestros derechos! ¿Quién os dice que los renunciéis? Ahora es cuando empiezan en beneficio suyo. Hasta aquí sólo por maña o por fuerza alcanzabais de él lo que queríais; ni conocía la autoridad ni la ley de la obligación; era necesario que le apremiarais o le engañarais para que os obedeciera. Pero mirad con cuantas nuevas cadenas habéis aprisionado su corazón; la razón, la amistad, la gratitud, mil afectos le hablan con un tono que no puede desconocer y todavía no le ha ensordecido el vicio; todavía sólo es sensible a las pasiones de la Naturaleza. La primera de todas, que es el amor de sí mismo, os le entrega, y también os le entrega el hábito. Si un arrebató momentáneo os le quita, el arrepentimiento os le restituye al punto; el afecto que con vos le estrecha es el único permanente; los demás todos se siguen y se borran unos a otros. No dejéis que se corrompa y siempre será dócil; cuando empieza a manifestar rebeldía ya está pervertido.

Confieso que si oponiéndoos abiertamente a sus nacientes deseos los tratáis neciamente de culpas, en breve no os escuchará; pero así que abandonéis mi método, de nada respondo. No perdáis nunca de vista que sois el ministro de la Naturaleza, y nunca seréis su enemigo.

Mas ¿qué determinación se ha de tomar? No queda aquí otra alternativa que favorecer sus inclinaciones o sujetarlas; ser con él condescendiente o tirano: y tan peligrosas consecuencias acarrear ambas, que hay que titubear mucho para la elección.

El primer medio que se ofrece para resolver esta dificultad, es casarle cuanto antes; sin disputa es la salida más segura y más natural, pero dudo que sea la mejor ni la más útil. Luego diré mis razones; ahora confieso que se deben casar los mozos desde la edad núbil, pero llegan a esta edad antes que sea tiempo, y nosotros somos los que se la hemos anticipado, cuando se debe prolongar hasta su madurez (28).

Si bastase con escuchar las inclinaciones y seguir su indicación, sería asunto concluído en breve; pero median tantas contradicciones entre los derechos de la Naturaleza y nuestras leyes sociales, que para conciliarlos es necesario ladearse y tergiversar continuamente: es preciso mucho arte para estorbar que el hombre social sea totalmente artificial.

Por las razones que antes he expuesto, creo que con

---

(28) El matrimonio joven es quizá imposible efectuarlo en los tiempos presentes, porque de un lado las trabas del servicio militar y de otro la necesidad de una seguridad económica lo impiden; pero es la mejor manera de producir pueblos fuertes. El vigor de los pueblos salvajes y retrasados en la cultura no se deben a otra causa.

Los países muy civilizados y militares están amenazados a decaer antes de su cuarta generación y tener que borrar de su idioma la palabra abuelo, como han borrado ya todos los pueblos cultos de los suyos la palabra patriarca. En Italia, Marro, tiene un precioso estudio sobre las consecuencias sociales de los matrimonios efectuados antes de la edad núbil.—*R. U.*

los medios que he indicado y otros semejantes puede dilatarse a lo menos hasta los veinte años la ignorancia de los deseos y la pureza de los sentidos: tan cierto es esto que, entre los germanos, el mancebo que antes de esta edad perdía la virginidad era tenido por infame, y con razón atribuyen los autores a la continencia de estos pueblos, durante su mocedad, el vigor de su constitución y la numerosa prole.

Esta misma época se puede prolongar mucho, y hace pocos años que no había cosa más general, aun en Francia. Entre otros ejemplos notables, el padre de Montaigne, hombre no menos escrupuloso y verídico que robusto y sano, juraba que se había casado virgen de treinta y tres años, después de haber servido mucho tiempo en las guerras de Italia, y en los escritos del hijo se puede leer la jovialidad y el vigor que de más de sesenta años conservaba el padre. Por cierto la opinión contraria, más que en el conocimiento de la especie en general, se funda en nuestras preocupaciones y nuestras costumbres.

Puedo, por tanto, omitir el ejemplo de nuestra juventud, que nada prueba para quien no ha sido educado como ella. Considerando que la Naturaleza en esta materia no tiene época fija que no se pueda anticipar o retardar, creo posible, sin salir de su ley, suponer que Emilio, por mis desvelos, ha permanecido hasta ahora en su primitiva inocencia y veo que va a finalizar esta época. Cercado de peligros que crecen sin cesar, va a deslizármese, por más que yo haga. A la primera ocasión, que no tardará en presentarse, va a seguir el ciego instinto de los sentidos, y se pueden apostar mil contra uno a que se va a perder. Mucho he reflexionado acerca de las costumbres de los hombres, para que se me esconda el invencible influjo de este primer momento en lo restante de su vida. Si di-

simulo y finjo que nada veo, se vale de mi flaqueza; creyendo que me engaña, me desprecia y soy cómplice de su pérdida; si pruebo a traerle al buen camino, ya no es tiempo, no me escucha; me hago incómodo, aborrecible, inaguantable para él; poco tardará en desprenderse de mí. Un solo partido prudente tengo que tomar, que es hacerle a él mismo responsable de sus acciones, preservarle a lo menos de los lazos del error y hacer que vea palpables los peligros que le cercan. Hasta aquí le contenía por su ignorancia; ahora es preciso contenerle por sus luces.

Estas nuevas instrucciones son muy importantes y conviene tomar las cosas con más anticipación. Ahora es tiempo de ajustar, por decirlo así, mis cuentas con él; de manifestarle el empleo de su tiempo y el mío; de declararle lo que es él y lo que soy yo; lo que he hecho y lo que él ha hecho; lo que nos debemos uno a otro; todas sus relaciones morales, todos los empeños que ha contraído y los que en él se han contraído: hasta qué punto ha llegado en el progreso de sus facultades, el camino que le queda por andar, los tropiezos que encontrará, los medios de salvar estas dificultades, en qué le puedo yo valer todavía y en qué puede valerse él solo; finalmente, el punto crítico en que se halla, los nuevos riesgos que le cercan y todas las razones sólidas que le deben convencer de que ha de vigilar con atención sobre sí, antes de dar oídos a sus nacientes deseos.

Observad que para conducir a un adulto es preciso practicar lo opuesto de todo cuanto habéis hecho para conducir a un niño. No titubeéis en instruirle de los peligrosos misterios que por tanto tiempo y con tanto esmero le habéis ocultado. Una vez que es necesario que al cabo los sepa, importa que ni de otro ni de sí propio los aprenda; ya que desde hoy está destina-

do a pelear, es preciso, para que no le cojan de sorpresa, que conozca a su enemigo.

Nunca los mozos que se encuentran hábiles en estas materias, sin saber cómo, se han instruido impunemente. Como esta imprudente instrucción no puede tener objeto honesto, mancilla a lo menos la imaginación de los que la adquieren, y los dispone para los vicios de los que se la dan. Hay más; se insinúan los criados en el ánimo de un niño, se granjean su confianza, le hacen que mire a su ayo como un personaje triste y enfadoso, y uno de los principales asuntos de sus coloquios secretos es hablar mal de él. Cuando esto hace el alumno, se debe retirar el maestro, pues nada bueno puede ya conseguir.

Mas ¿por qué escoge el niño confidentes particulares? Siempre por la tiranía de los que le gobiernan. ¿Por qué se había de esconder de ellos, si no se viera forzado a hacerlo? ¿Por qué se había de quejar, si no tuviera motivo para ello? Naturalmente son sus confidentes primeros, y, por el ansia con que les viene a decir lo que piensa, vemos que cree que sólo a medias ha pensado hasta que se lo ha dicho. Estad cierto de que si no teme el niño de vos ni plática ni reprensión, siempre os lo dirá todo, y no se atreverán a fiar de él nada que deba callaros, cuando estén ciertos de que todo os lo ha de decir (29).

Lo que más me hace fiarme en mi método es que,

(29) La distancia entre los padres y los hijos, como entre los maestros y los discípulos, se agranda en cuanto los hijos y los discípulos pueden adquirir otras nociones en otra parte.

Es un problema de economía. Donde nos dan las cosas más económicamente o con menos esfuerzo, las adquirimos con preferencia a los antiguos proveedores.—R. U.

siguiendo sus efectos con la mayor exactitud posible, no veo una situación en la vida de mi alumno que no deje alguna grata imagen de él. En el punto mismo en que le arrastran los furoros del temperamento, y en que, irritado contra la mano que le contiene, forcejea y empieza a deslizármese, en sus agitaciones y arrebatos todavía encuentro su sencillez primera; su corazón, tan puro como su cuerpo, no conoce más disfraz que el vicio; ni las reprensiones ni el menosprecio le han acobardado; nunca el miedo le enseñó a disfrazarse. Tiene toda la falta de cautela de la inocencia, es ingenuo sin escrúpulo; todavía no sabe para qué sirve el engañar. No se excita un movimiento en su mente que no me le digan sus ojos o su boca, y muchas veces los afectos que experimenta los distingo yo antes que él.

Mientras siga manifestándose su alma con esta libertad y diciéndome con gusto lo que siente, nada tengo que temer, todavía no está inmediato el peligro; pero si se torna más tímido, más cauteloso, si colubro en sus conversaciones la primer confusión de la vergüenza, ya se desenvuelve el instinto, ya empieza a juntarse con él la noción del mal: no hay que perder un instante, y, si no me doy prisa a instruirle, en breve se instruirá él a despecho mío.

Más de un lector, aun cuando adopte mis ideas, pensará que sólo se trata aquí de una conversación entablada por casualidad con el joven, y que está concluido. ¡Ah, no se gobierna así el corazón humano! Nada significa lo que se dice, si no se ha preparado el instante de decirlo. Antes de sembrar, es preciso cavar la tierra: con dificultad brota la semilla de la virtud; son indispensables muchas labores para que eche raíces. Una de las causas de que sean inútiles las predicaciones, es que las dirigen indistintamente a todo

el mando sin elección ni discernimiento. ¿Cómo pueden pensar que convenga un mismo sermón a tantos oyentes de tan diverso modo dispuestos, y que tanto se diferencian en talento, en genio, en edad, en sexo, en estado y en opinión? Acaso no hay dos a quienes pueda convenir lo que se dice a todos, y tan poca constancia tienen todas nuestras afecciones, que no hay acaso dos instantes en la vida de cada hombre en que el mismo razonamiento haga en él la misma impresión. Cuando inflamados los sentidos enajenan el entendimiento y tiranizan la voluntad, júzguese si es hora de escuchar las graves lecciones de la sabiduría. Así, no habléis nunca en razón a los mozos, ni aun en la edad de ella, sin ponerlos primero en estado de que os den oídos. La mayor parte de los razonamientos perdidos lo son más por culpa de los maestros que por la de los discípulos. Casi las mismas cosas dice el pedante que el institutor; pero aquél las dice sin ton ni són, y éste sólo cuando está cierto de su eficacia.

Como un sonámbulo anda dormido a orillas de un precipicio en que caería si de repente le despertaran, así mi Emilio en el sueño de la ignorancia evita riesgos que no distingue: si le despierto sobresaltándole, está perdido. Procuremos primero apartarle del precipicio, y luego le despertaremos para, mostrársele desde lejos.

La lectura, la soledad, la ociosidad, la vida muelle y sedentaria, el trato con las mujeres y con los mozos; estos son los peligrosos senderos que a su edad puede pisar y que le retienen sin cesar al lado del peligro. Con otros objetos sensibles distraigo sus sentidos; abriendo otro curso a su espíritu, le desvío del que empezaban a tomar; ejercitando en penosos afanes su cuerpo, suspendo la actividad de la imaginación que le arrastra. Cuando trabajan mucho los brazos, descan-

sa aquélla; cuando está muy cansado el cuerpo, no se inflama el corazón. La precaución más fácil y más pronta, es sacarle del peligro local. Primero me le llevo fuera de los objetos que pueden causarle tentaciones. Mas esto no basta; ¿pues en qué desierto, en qué agreste asilo evitará las imágenes que le persiguen? No sirve apartar los objetos peligrosos, si no se aparta también su memoria: si no tengo arte para desprenderle de todo y distraerle de sí propio, tanto valía dejarle donde estaba.

Emilio sabe un oficio, pero aquí este oficio no es nuestro recurso; gusta y entiende de agricultura, mas no basta la agricultura: las ocupaciones que conoce se han hecho una costumbre para él; cuando las practica, es como si no hiciera nada; piensa en otra cosa y obran aparte su cabeza y sus brazos. Necesita otra ocupación que por su novedad le interese, que le tenga en cuidado, que le agrade, le aplique y le ejercite; una ocupación a que tome pasión y que le absorba del todo. La única que a mi parecer reúne todas estas condiciones, es la caza. Si ésta es en algún tiempo una diversión inocente y que conviene al hombre, ahora es cuando se ha de echar mano de ella. Emilio posee todo cuanto se necesita para aventajarse en ella; es robusto, mañoso, paciente, infatigable. No hay duda de que tomará afición a este ejercicio, se entregará a él con todo el calor de su edad y, a lo menos por algún tiempo, perderá las peligrosas inclinaciones que nacen de la molicie. La caza endurece no menos el corazón que el cuerpo; acostumbra a la sangre, a la crueldad. A Diana la han hecho enemiga del amor, y la alegoría es muy propia: los deliquios del amor sólo en un blando sosiego nacen; un ejercicio violento sofoca los afectos tiernos. En las selvas, en los sitios agrestes, son tan distintas las impresiones del amante y del ca-

zador, que los mismos objetos les presentan imágenes totalmente diversas. Las frescas sombras, los cotos, los suaves albergues del primero retratan al otro oteos, batidas y jarales; donde el uno no oye más que pastoriles flautas, ruiseñores y dulces trinos, se figura el otro las trompas y gritos de los cazadores; uno imagina driadas y ninfas; otro picadores, jaurías y caballos. Pasead por el campo con estos dos hombres de tan distinta especie; por la diferencia de su estilo luego echaréis de ver que no tiene para ellos la tierra igual aspecto, y que tan diferente es el giro de sus ideas como la índole de sus gustos.

Bien entiendo cómo se reúnen esos gustos y cómo se halla al fin tiempo para todo: pero no se reparten así las pasiones de la mocedad; dadle una sola ocupación a que se aficione, y en breve se olvidará de todas las demás. La variedad de los deseos procede de la de los conocimientos; los placeres primeros que conocemos son por mucho tiempo los únicos a que anhelamos. No quiero que pase Emilio su mocedad entera matando animales monteses, ni tampoco pretendo justificar en todo esta feroz pasión; bástame con que me sirva lo bastante para suspender otra pasión más peligrosa todavía, de manera que me escuche con serenidad cuando de ella le hablare y me dé tiempo para pintársela sin excitarla.

Hay épocas en la vida humana cuyo destino es que no las olvidemos nunca. De esta especie es para Emilio la de la instrucción de que hablo, que debe influir en lo restante de su vida. Procuremos por tanto grabarla en su memoria, de suerte que nunca la olvide. Uno de los errores de nuestro siglo es emplear la razón sobrado desnuda, como si los hombres fuesen meros espíritus. Descuidando la lengua de los signos que hablan a la imaginación, hemos perdido el más enér-

gico de los idiomas. Siempre es débil la impresión de la palabra, y mejor hablan al corazón los ojos que los oídos. Queriendo dejárselo todo al raciocinio, hemos reducido a palabras nuestros preceptos y nada hemos explicado con acciones. La razón sola no es activa; algunas veces contiene, pocas excita y nunca hizo nada grande. Discurrir siempre, es la manía de los espíritus apocados: los ánimos esforzados tienen otro idioma, y éste es el que persuade y hace obrar.

Noto que en los siglos modernos no tienen los hombres más asidero unos en otros que la fuerza y el interés, en vez de que los antiguos obraban mucho más por la persuasión y por las afecciones del ánimo, porque no descuidaban la lengua de los signos. Celebrábase con solemnidad todas las convenciones para hacerlas más inviolables: antes que estuviese la fuerza establecida, eran los Dioses los magistrados del linaje humano: a presencia de ellos ajustaban los particulares sus tratados, sus alianzas; pronunciaban sus promesas: la faz de la tierra era el libro donde se conservaban sus archivos: eran las hojas de este libro, abierto sin cesar a los ojos de todos, las rocas, los árboles, los montes de piedras consagrados por estos actos y acatados con respeto de aquellos hombres bárbaros. El pozo del juramento, el del vidente y el del viajero, el antiguo roble de Mambré, el montón del testigo; esos eran los rudos, pero augustos monumentos de la santidad de los contratos: ninguno se hubiera atrevido a atentar con mano sacrílega a estos monumentos, y más segura estaba la fe de los hombres con la fianza de estos mudos testigos, que hoy lo está con todo el vano rigor de las leyes.

En el gobierno, el augusto aparato del poder real imponía respeto a los pueblos; para éstos eran cosas sagradas las señales de dignidad, el trono, el cetro, la

vestidura de púrpura, la corona, la diadema: estos respetados signos hacían venerable al hombre que veían adornado con ellos: y al punto que hablaba, sin soldados y sin amenazas era obedecido. Ahora que afectan la abolición de estos signos (30), ¿qué resulta de este menosprecio? Que se borra de todos los corazones la majestad real, que los reyes sólo a fuerza de tropas se hacen obedecer y que el respeto de los vasallos sólo está vinculado en el temor del castigo. Ya no se toman los reyes el trabajo de llevar su diadema, ni los grandes los distintivos de sus dignidades; pero necesitan tener siempre cien mil brazos prontos para hacer ejecutar sus órdenes, y, aunque acaso esto les parezca más hermoso, es fácil ver que al cabo este cambio no les ha de traer provecho.

Lo que han hecho con la elocuencia los antiguos es cosa portentosa; pero no sólo consistía esta elocuencia en hermosos discursos bien coordinados, y nunca pro-

(30) El clero romano los ha conservado con mucho arte, y a ejemplo suyo algunas repúblicas, entre otras la de Venecia. Por eso, el gobierno veneciano, no obstante la ruina del Estado, goza todavía, con el aparato de su antigua majestad, de todo el cariño y adoración del pueblo, y, después del Papa, ornado con su tiara, no hay acaso rey, potentado, ni hombre de este mundo tan respetado como el Dux de Venecia, sin poder ni autoridad, pero consagrado por su pompa y adornado con su cuerno ducal de una escofieta de mujer. La ceremonia del bucentauro, que tanto da que reír a los necios, haría derramar al populacho de Venecia hasta la última gota de sangre por mantener su tiránico gobierno.

—El *Bucentauro* era el nombre dado al buque desde el cual el Dux arrojaba el anillo el día de la Ascensión para celebrar sus esponsales en el mar. Véase sobre el origen de esta costumbre un precioso artículo de Salomón Reinach en su obra *Cultes, Mythes et Religions*.—R. U.

dujo más efecto que cuando menos hablaba el orador. Lo que con más viveza sentían no lo expresaban con palabras, sino con signos; no lo decían, lo mostraban. El objeto que nos ponen a los ojos conmueve la imaginación, excita la curiosidad, retiene el espíritu en expectativa de lo que van a decir, y muchas veces este objeto solo lo dice todo. Trasíbulo y Tarquino cortando las cabezas de adormideras, Alejandro poniendo su sello en la boca de su privado, Diógenes andando delante de Zenón, ¿no hablaban mejor que con largos discursos? ¿Qué palabras hubieran declarado con tanta propiedad las mismas ideas? Metido Darío con su ejército en la Escitia, recibe de parte del rey de los escitas un pájaro, una rana, un ratón y cinco flechas; entrega el embajador su presente, y se vuelve sin decir palabra. Fue entendida tan terrible comunicación, y Darío, a toda prisa, se volvió para su país como pudo. Sustitúyase a estos signos una carta; cuanto más amenazadora sea, menos asustará; será una baladronada de que se hubiera mofado Darío.

¡Qué atención no ponían los romanos en el lenguaje de los signos! Vestiduras distintas según las edades y condiciones; togas, sayos, protestas, bulas, laticlavos, sillas curules, lictores, haces, hachas, coronas de oro, de hierbas, de hojas, oraciones, triunfos; todo entre ellos era aparato, representación, ceremonia, y todo hacía impresión en los corazones de los ciudadanos. Importaba al Estado que se juntase el pueblo en tal sitio mejor que en cual; que viese o no viese el Capitolio; que estuviese o no vuelto hacia el Senado; que deliberase este día y no aquel otro. Los acusados mudaban de traje, también le mudaban los candidatos; los militares no ensalzaban sus proezas bélicas, que enseñaban sus heridas. Cuando la muerte de César, me imagino que uno de nuestros oradores, queriendo

inflamar al pueblo, hubiera dejado exhaustos todos los lugares comunes del arte para hacer una patética descripción de sus heridas, su sangre, su cadáver. Antonio, aunque elocuente, no dice nada de eso; hace traer el cuerpo. ¡Qué retórica!

Pero insensiblemente esta digresión me lleva lejos de mi asunto, como me sucede con otras muchas, y son demasiado frecuentes mis desviaciones para que puedan ser largas y tolerables: así vuelvo a la materia.

Nunca discurráis ásperamente con la juventud; revestid de un cuerpo la razón, si queréis hacérsela sensible. Procurad que atraviese por el corazón el idioma del entendimiento, para que se haga escuchar. Vuelvo a repetir que los argumentos fríos pueden determinar nuestras opiniones, mas no nuestras acciones; nos hacen creer y no obrar: lo que se debe pensar, se demuestra, no lo que se debe hacer. Si esto es cierto tratándose de todos los hombres, con más razón lo será tratándose de los mozos todavía envueltos en sus sentidos, y que sólo en cuanto imaginan piensan.

Así que me guardaré muy bien, aun después de los preparativos indicados, de ir a deshora al aposento de Emilio a hacerle un largo y pesado razonamiento acerca del asunto en que le quiero instruir. Primero conmoveré su imaginación: escogeré el tiempo, el sitio, los objetos más propicios a la impresión que deseo excitar; llamaré, por decirlo así, la Naturaleza entera por testigo de nuestras conferencias; atestiguaré con el Sér Eterno, cuya obra es, de la verdad de mis palabras; le haré juez entre Emilio y yo; señalaré el sitio donde estamos, las rocas, los bosques, las montañas que nos rodean, por monumentos de sus empeños y los míos; en mis ojos, en mi acento, en mi ade-

mán brillarán el entusiasmo y el ardor que quiero inspirarle. Hablaré entonces y me escuchará; me enterneceré y se conmoverá. Penetrándome en la santidad de mis obligaciones haré que respete más las suyas; animaré la fuerza del argumento con imágenes y figuras; no seré largo y difuso en máximas frías, sino abundante en afectos que rebosen; mi razón será grave y sentenciosa, pero nunca dirá lo suficiente mi corazón. Mostrándole entonces todo cuanto por él hice, se lo haré ver como hecho por mi propia conveniencia, y en mi tierno cariño verá la razón de todos mis afanes. ¡Qué sorpresa, qué agitación le voy a causar mudando repentinamente de estilo! En vez de estrechar su ánimo hablándole siempre de su interés, de hoy más sólo del mío le hablaré, y le tocaré más en lo vivo; inflamaré su juvenil corazón en todos los afectos de amistad, de generosidad, de gratitud, que ya he hecho nazcan en él y que tan suave es alimentar. Le apretaré contra mi pecho derramando lágrimas de ternura y le diré: «Tú eres mi caudal, mi hijo; la obra mía; espero mi dicha de la tuya; si frustras mis esperanzas, me robas veinte años de vida y causas la desventura de mis ancianos años». Así se hace uno escuchar de un joven, y graba en lo íntimo de su corazón la memoria de lo que le dice.

Hasta aquí he procurado dar ejemplos de cómo debe instruir un ayo a su discípulo en los lances arduos. Lo mismo he intentado hacer en éste; pero después de repetidas pruebas renunció a ello, convencido de que es sobrado melindrosa nuestra lengua para consentir nunca en un libro el candor de las primeras instrucciones sobre ciertas materias.

El idioma francés dicen que es casto, y yo lo creo muy obsceno, porque me parece que no consiste la castidad de un idioma en evitar con esmero las expre-



siones lascivas, sino en no tenerlas. Efectivamente, para evitarlas es preciso pensar en ellas, y es difícil en todos sentidos enunciarse con pureza en lengua francesa (31). Más hábil siempre el lector en hallar significaciones obscenas que el autor en removerlas, con todo se escandaliza y se alborota. ¿Cómo no se ha de mancillar lo que pasa por oídos impuros? Por el contrario, un pueblo de buenas costumbres tiene términos propios para todas las cosas, y estos términos siempre son castos porque siempre se usan castamente. No es posible imaginar idioma más modesto que el de la Biblia, precisamente porque todo está dicho con candor; pues para hacer inmodestas las mismas cosas, basta con ponerlas en francés. En lo que yo he de decir a mi Emilio, nada habrá que no sea honesto y casto a sus oídos; mas para que los lectores lo creyesen tal, sería necesario que tuvieran el corazón tan puro como el suyo.

También pienso que pudieran ocupar un lugar útil en las conferencias de moral, a que nos dará materia este asunto, algunas reflexiones acerca de la pureza del discurso y de la falsa delicadeza del vicio; porque, cuando aprenda el idioma de la honestidad, también debe aprender el de la decencia, y es necesario que sepa por qué son tan distintas estas dos lenguas. Sea como fuere, yo sostengo que en vez de los vanos preceptos con que antes de tiempo fatigan las ideas de la juventud, y de que ésta se burla en llegando a la edad en que le serían oportunos, si se espera y se pre-

(31) Lo que cree Rousseau peculiar de la lengua francesa, es propio de todos los idiomas. Las palabras deshonestas son siempre de otro idioma. En castellano casi todas tienen un origen semítico. Véase la *Gramática hebrea* de García Blanco.—R. U.

para el instante de hacerse escuchar; si entonces se le exponen las leyes de la Naturaleza con toda su verdad; si se le manifiesta la sanción de estas mismas leyes en los males físicos y morales que a los delincuentes les acarrea su infracción; si hablándole del incomprendible misterio de la generación, con la idea del atractivo que dió a este acto el autor de la Naturaleza, se junta la del cariño exclusivo que le hace delicioso, la de las obligaciones de fidelidad y pudor que le cercan, y que duplican su embeleso desempeñando su objeto; si pintándole el matrimonio, no sólo como la más dulce de las sociedades, sino como el más inviolable y más sacrosanto de todos los contratos, se le deducen con fuerza todas las razones que hacen respetable para todos los hombres tan sagrado vínculo y cubren de odio y maldición a cualquiera que se atreve a mancillar su pureza; si se le hace una pintura verdadera de los horrores de la disolución, de su estúpido embrutecimiento, del insensible declive por el cual el primer desorden conduce a los demás, y arrastra finalmente a su pérdida a quien se entrega a él; si se le demuestra con evidencia de qué modo con el amor de la castidad van unidos la salud, la fuerza, las virtudes, el mismo amor, y todos los verdaderos bienes del hombre; sostengo que entonces se le hará que desee y ame esta misma castidad, y que se hallará dócil su ánimo a los medios que para conservarla le diéremos, porque el que aun la conserva la respeta, y sólo la desprecia el que la ha perdido.

No es cierto que sea indomable la propensión al mal y que no sea uno dueño de vencerla antes de haber adquirido el hábito de rendirse a ella. Dice Aurelio Víctor (32), que muchos arrebatados de amor com-

(32) *De Vir. ill.*—c. LXXXVI.